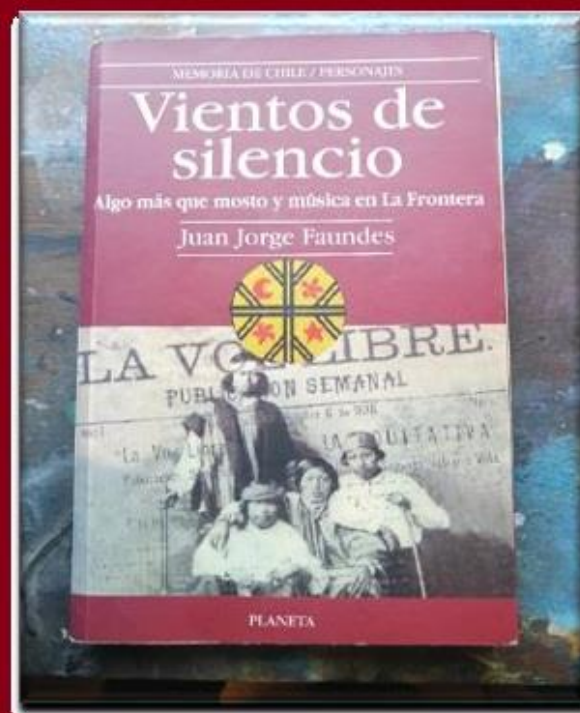


Juan Jorge Faundes Merino

Vientos de Silencio

**Novela histórica sobre Francisco de Paula Frías,
mártir del periodismo por defender al pueblo
mapuche en los años 1888-1889**



Editorial El Retorno a Itaca

Versión PDF de los primeros cinco capítulos de la segunda edición (que está en preparación...)

Vientos de Silencio

© Juan Jorge Faundes Merino

Inscripción N°110.252 (1999)
Derechos exclusivos de edición
reservados para todo el mundo

© Editorial El Retorno a Itaca Limitada para esta segunda edición.

Segunda Edición: julio de 2024

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio sin permiso previo del editor o del autor.

JUAN JORGE FAUNDES MERINO

VIENTOS DE SILENCIO

Algo más que mosto y música en La Frontera

EL RETORNO A ITACA

ÍNDICE

I.....	7
ÁGUILA VENIDA DEL SOL	7
II	18
EL RETORNO DEL <i>NGENGEN</i>	18
III	30
DON WEDÁÑMA WINGKA	30
IV.....	41
FRANCISCO DE PAULA FRÍAS	41
V.....	55
MUJERES EN LA PICA.....	55
Los capítulos que completan el libro:	59

I

ÁGUILA VENIDA DEL
SOL

EL LAGO NOCTURNO se extiende gris ante los ojos, de *Antüpaiñamko*, “Águila Venida del Sol” —hijo de Cóndor del Sol y de Lucero del Alba— y en su reflejo, bajo la superficie del agua, el zigzagueante y cegador rayo raja el cielo desde la cumbre del volcán hasta sus pies. La voz del padre creador de todo lo que existe se impone entonces desde lo profundo.

—*Tralkai wenu...* Tronó... —dice ella.

La muchacha está sobre Águila Venida del Sol y lo mira adorándolo con sus ojos de tierra, desnuda como el agua de la lluvia que se desliza por su piel. Sus manos curtidas de tierra, bosque y años la sostienen por las nalgas y la suben y la bajan suavemente. La siente descender y ascender en torno de su fuerza tronante y la disfruta. La eleva, baja y vuelve a disfrutar. La mirada de la joven se humedece al ritmo leve del movimiento circular y hechizante de sus caderas.

Él es el cielo que lanza relámpagos y rayos hacia arriba y trueno violento. Ella es el lago que baja sereno y alegre. Él abajo y ella arriba.

—Te seguiré a donde vayas —dice ella—. Seré la mejor de tus esposas. Te daré los más hermosos, fuertes y valientes de tus hijos —susurra.

Alza la cara hacia el cielo, abre la boca y estira los labios como queriendo beber toda la lluvia. Y luego gime. Él la alza y la

baja, y ella gime. Y grita. Y aúlla cada vez con mayor fuerza. La lluvia se desliza por sus mejillas, por su cuello, por sus pechos, por su vientre, por sus muslos, como una multitud de gotas de plata. Y él se contiene y ruge, retiene y ruge, hasta que de pronto la abraza con fuerza y sella su boca con la suya y aplasta sus senos con su pecho y se hace uno con ella en medio de la oscuridad, junto al lago, hasta que la tempestad se aleja hacia el oeste, deja de llover y duermen hechos un ovillo envueltos en el silente *Wangülenmapu*, “País de las Estrellas”.

Los rodea la guerra. Una guerra infernal en la que el enemigo no respeta sexos ni edades. En la que minuto a minuto y palmo a palmo les han ido quitando sus tierras, sus casas, sus familias, sus animales, sus vidas.

Agotado tras un largo día de combate, Águila Venida del Sol se retiró a refugiarse a la orilla del lago en compañía de la muchacha. Ella lavó primero la sangre, el sudor y el barro que lo envolvían como una costra guerrera. Él la dejó hacer, recostado sobre la arena mientras el sol se despedía con sus últimos rayos. Luego ella se quitó sus ropas y sus signos rituales y se bañó iluminada por una luna llena que poco a poco fue desapareciendo cubierta por una gruesa capa de nubes.

Aquel día Águila Venida del Sol había luchado defendiendo la casa del padre de la mujer. Los soldados *wingka* —extranjeros— no esperaban que estuviera allí con sus hombres y debieron huir superados en cantidad, dejando tres muertos. Él los siguió a mata bestia a horcajadas en los lomos desnudos de sus veloces potrillos y los fue cazando uno a uno. Eran diez en total y no sobrevivió ninguno. Capturó todos los caballos y los rifles. También les quitó las botas.

Al llegar de regreso, el *peñi* —“hermano”, en el sentido amplio de paisano— le dio a la más hermosa de sus hijas en agradecimiento.

—Es tuya, Águila Venida del Sol —dijo—. Será una buena esposa.

Le ofreció el botín al padre de la muchacha:

—Diez caballos de guerra y diez pares de botas de soldados son una buena dote —le dijo.

—No es necesario. Lo que hiciste fue muy grande. Es tuya —dijo el padre.

La muchacha se acercó y él le extendió el brazo y la subió a la grupa. Tenía largas trenzas negras y sonreía con unos dientes muy blancos.

—Quédate con los caballos y las botas, o véndelos —le dijo.

—Se llama *Kiñelawen* —dijo el padre—. Conoce los secretos de las hierbas medicinales.

Kiñelawen significa precisamente “La Yerba de la Salud”.

Cabalgó un tiempo largo con la muchacha en ancas y luego, al pie del volcán, bajó hacia el lago abriéndose paso por entre un bosque de robles, coigües, lianas, enredaderas de copihues, helechos y nalcas. Una alfombra de hojas húmedas cubría el barro y las piedras que el arroyo cercano y las erupciones de antaño habían ido acumulando. La tierra mojada desprendía olor a una variedad de hierbas y pastos. Se detuvo al pie de unas raíces gigantescas. Más allá se extendía un tramo de arena negruzca y luego el agua verdeazulada. Allí fue donde ella le lavó las heridas y luego la amó.

—*Eimi iñchiú amuaiyu, Antüpaiñamko. Iré contigo, Águila Venida del Sol. Te seguiré donde quiera que vayas* —le susurró *Kiñelawen* a la siguiente mañana.

Los rayos del sol asomaban por sobre la cumbre del volcán. La mujer saludaba el amanecer sólo vestida con sus atuendos de plata: el *trarülonko*, en torno de la cabeza; los *chawai*, colgados de las orejas; el *trapelakucha*, sobre el pecho. Entonaba un hermoso canto de acción de gracias.

Para los wingka corre el año de 1882. Es el mes de diciembre. Es el último año de resistencia de las familias de gente de la tierra que viven entre el sur del río Cautín y la antigua ciudad de Villarrica, destruida hacía 284 años y ahora cubierta por la selva. El general Gregorio Urrutia avanza al mando de ochocientos hombres, entre ellos 25 artilleros y dos piezas de artillería de montaña. El 20 de noviembre había salido de Angol. El primero de diciembre, tras descansar en el fuerte de Temuco, avanzó hacia el río Toltén y fundó el fuerte de Freire. El día 19, salió en busca de las ruinas de Villarrica. El día 31 de diciembre parlamentó en una pampa en la orilla poniente del lago. Más de trescientos *longko* — “caciques” — con sus cabezas ceñidas por sus *trarülonko* multicolores llegaron al lugar convocados por los *werken* — “mensajeros” — enviados por el *longko Penchulef*, “El Adelantado Veloz”, que se distinguía de sus compañeros pues montaba un gran y hermoso caballo blanco. Felipe *Mañke*, un niño de ocho años sujetaba las riendas del caballo del *longko*. El general Urrutia se sentó en medio de un círculo formado por los jefes indígenas y sus guerreros. Una banda de música militar intentó inútilmente acallar con sus trompetas y tambores los gritos y sonidos de los instrumentos musicales de los “gente de la tierra”. Aratos los gritos emitidos en los cerros por centenares de mocetones parecían un trueno.

Penchulef inició el parlamento y habló durante nueve horas. Muy poco de ese hermoso y trágico discurso pudo ser traducido por el lenguaraz de apellido Mera que acompañaba a las tropas de Urrutia. Águila Venida del Sol y *Kiñelawen* estaban entre los centenares que observaban la reunión. Un silencio sepulcral se produjo cuando comenzó a hablar el *longko*. Hasta los pájaros y los insectos callaron. Una suave brisa ayudaba a la difusión de su poderosa y tranquila voz.

Recordó la historia de los “gente de la tierra” —que eso significa *mapuche*, de *mapu*, tierra, y de *che*, gente— desde cuando compartían estos territorios con la fauna y flora de la naturaleza y eran felices. Todas las familias se visitaban. Todos eran unidos. Vivían en plenitud, como el vuelo del cóndor. Hasta la llegada del *wingka*, de sus armas, de la guerra. Hizo una relación de las familias

que habían vivido en esta zona. Contó la guerra de la fundación de Villarrica. Contó la derrota de los *wingka* en 1602 y cómo las mujeres blancas fueron hechas cautivas. Unas fueron esposas de

caciques. Otras debieron servir a las mujeres mapuche que antes habían sido sus criadas. Hoy la situación es diferente. La invasión es cada vez más masiva. La resistencia es inútil. Tarde o temprano seremos vencidos. Mejor es adaptarse. Buscar cómo vivir del mejor modo posible en las nuevas condiciones.

Urrutia les dijo que venía en representación del gobierno de Chile y que sólo quería refundar la ciudad de Villarrica y traer la paz.

Águila Venida del Sol miró a Kiñelawen.

—No habrá paz —susurró—. Jamás habrá paz para la gente de la tierra. Los *wingka* serán nuestro tormento. Vamos.

—¿A dónde? —preguntó la muchacha.

—A la cordillera —dijo Águila Venida del Sol—. Donde no alcance a subir el *wingka*. Iremos donde los *pewenche* —donde la “gente de los pinares” —.

Kiñelawen era la entrega ferviente y Águila Venida del Sol la amó por siete largos años. Ella era la naturaleza, él era el espíritu. Ella era la tierra, él era el cielo. Ella era el espacio, él era el tiempo. Se alejaron de la guerra, allá en lo alto de las montañas del *pewen* y criaron hijos.

Águila Venida del Sol enseñó a sus cuatro hijos a vivir de acuerdo con las condiciones del momento, a dejarse conducir por el viento, y adoptar frente al destino una actitud de entrega.

Es lo que había recomendado el cacique Penchulef. Lo que él mismo había hecho al retirarse a un sitio alejado del conflicto.

La frente de *Kiñelawen* toca las nubes. Parada sobre el tronco de un *rewe* —de *re*: puro, y *we*: lugar—, “altar”, o espacio sagrado de comunicación con lo sobrenatural, agita ramas de *foyé* —canelo— en la mano izquierda y sostiene el *kultrung* —

“tambor” — con la derecha. El *kultrung* es circular como el mundo y su superficie está marcada por un doble trazo vertical, Norte-Sur, símbolo de lo masculino-paternal, y por un doble trazo horizontal, Oriente-Poniente, símbolo de lo femenino-maternal. Este último representa el plano del medio, la superficie de la tierra, que es receptiva y acoge la influencia creativa del cielo. En dos de sus cuadrantes está dibujado el sol: en el amanecer y en el crepúsculo. En los otros, la estrella de la mañana y la luna. En los extremos de los trazos vertical y horizontal está dibujado el arco iris. El plano inferior es el del Mundo de Debajo, el de las fuerzas del caos o del azar, las leyes de la naturaleza o de la historia, las fuerzas misteriosas, destructivas y malignas que el hombre es incapaz de controlar.

La luna emerge en su última fase menguante en el cielo azul oscuro del crepúsculo. Dos perros ladran penosamente a la sombra de las cumbres cordilleranas. Un cangrejo se esconde entre las piedras del arroyo. El pasto verde aplaca el cansancio de sus pies. Un tronar, como oleaje de océano, cada vez se hace más poderoso. Son cascos de un tropel. Disparos en la lejanía. *Kiñelawen* interrumpe bruscamente su ritual y lo mira. Los cuatro niños se acercan.

—El *wingka* —murmura trémulo Águila Venida del Sol—.

—El *wingka* —susurra *Kiñelawen*.

Ya no hay más cordillera ni alturas donde huir. Más arriba sólo la blancura perfecta de la nieve. El estrépito de las pezuñas herradas, los estampidos, el ulular de los *kullkull* —cuernos de vaca arreglados como cornetas — dando la alarma de cerro a cerro, revolucionan el lugar.

—¡*Wedáñma wingka!* —“extranjero perverso”, exclama Águila Venida del Sol y mira al cielo —¡Todavía hay luz, debemos irnos, *Kiñelawen!* ¡Ahora! ¡A las cumbres y de ahí a las pampas! ¡Coge a los niños! ¡Huyan en esa dirección! ¡Ya los alcanzo! ¡Recogeré algo!

Y al igual que la antigua abuela de su esposo, llamada Flor del Amanecer, que en los lejanos tiempos del *wingka* Pedro de Valdivia, hace cuatro siglos, huyó con su pequeño Cóndor del Sol, protegiéndolo entre sus brazos y sus pechos, según los relatos que de generación en generación se han venido contando en torno a los fogones, ella huye ahora —en 1889— con sus cuatro niños, también con un futuro desconocido.

Le parece estar reviviendo esa misma historia. Cree sentir a sus espaldas esos mismos rugidos feroces: “¡¡Santiago!! ¡¡Españoles!! ¡¡Santiago!! ¡¡Españoles!! ...” Aquel grito infernal que, según los relatos de los ancianos, lanzaban esas monstruosas montañas centelleantes, esos remolinos de brazos y picas y espadas, ese huracán de belfos fétidos, ese amasijo de hierros y espumarajos, esa estridencia de jugos salivales y de metales, que no semejaba hombre ni animal, sino una horrorosa aparición del maligno *weküfü*: “...¡¡Santiago!! ¡¡Españoles!! ¡¡Santiago!! ¡¡Españoles!! ...” Tuvo que pasar algún tiempo para que los antiguos se dieran cuenta de que aquellos demonios decapitadores de hombres y mujeres, mutiladores de miembros y tronchadores de vidas de niños, adultos y ancianos, no eran sino asesinos humanos montados en un desconocido animal llamado caballo. Y entonces ellos también aprendieron a montar. Y a matar a galope tendido y desde su lomo.

Kiñelawen corre por entre los troncos de las araucarias que le abren paso. Toda la verde vegetación de la cordillera andina se repliega a su paso y le facilita la huida. Después se cierra de nuevo como una maraña impenetrable.

El fragor de las pezuñas herradas, los estampidos de los fusiles y carabinas, el ulular de los *kullkull*, resuenan al borde mismo de la vivienda.

Águila Venida del Sol arma raudo un bulto con pieles y alimentos secos y de un rincón descuelga un largo y brillante fusil. Se amarra a la cintura una bolsa llena de balas y un machete, y luego con ambas manos saca los palos todavía ardientes del fogón y los lanza al interior de la *ruka* —“casa” — en distintas direcciones.

En minutos, su hogar arde y una negra columna de humo se lanza hacia el cielo. El ocaso está próximo y tiene la esperanza de que el *wingka* deje pasar la noche antes de proseguir con su cabalgata de muerte.

El estruendo ya está encima y columnas de humo similares a la de su casa suben al cielo en distintas direcciones. Corre agazapado hacia unas rocas y desaparece buscando el rumbo que siguió su esposa.

Ahora sólo hay estrellas sobre sus cabezas y el frío penetra hasta los huesos. Todavía hay espesura y muchas leguas que recorrer antes de encontrar el estrecho sendero que serpentea hasta las pampas argentinas. Levantan el campamento al pie de una araucaria en un claro rodeado de matorrales. No encienden fuego para no delatar su presencia. Se alimentan de piñones cocidos y de agua obtenida de un cercano arroyo. Bruscamente la naturaleza queda en silencio, Águila Venida del Sol se sobresalta y la noche se llena del batir de las pezuñas y del resoplido de los belfos, de ruido de voces y de ladridos de perros. Del chapotear de botas y del tintinear de espuelas. Del sesear de sables y machetes que cercenan la floresta. Irrumpen antorchas y faroles. Gorras militares. Largas casacas azules, pantalones rojos, botas negras, botones plateados. Y el rostro triunfal de un rastreador, mapuche renegado.

Águila Venida del Sol se incorpora brincando como un puma hacia el brillante fusil. Hace al mismo tiempo un angustioso ademán de proteger a Kiñelawen y los niños.

Entonces ve los fognazos anaranjados que salen en su dirección desde la docena de fusiles y carabinas que lo apuntan. Se desploma abriendo las manos, soltando el arma y girando la cabeza hacia su mujer y sus hijos. Y ve el refulgir de los sables y machetes que se abalanzan sobre ellos.

De pronto nada. Y ahora se va elevando suavemente. Se aleja de la superficie y de su cuerpo que permanece boca abajo, desangrándose, acribillado a tiros, a ras de tierra. Muy cerca, los

cuerpos mutilados de sus hijos. Sin embargo, ahora están aquí. A su lado. Flotando junto a él.

A *Kiñelawen* la han dejado viva. Un remolino de luz lo aspira y gira en espiral. Los niños giran a su lado. Gente luminosa y sonriente en su rededor.

—¡El *Wenumapu*! ¡El “Mundo de Arriba”! —piensa—. ¡Vamos subiendo al *Wenumapu*!

El túnel de luz zumba.

Entonces repara, abajo, en la cara de pavor de su mujer cuando el grupo de soldados se abalanza sobre ella y a viva fuerza la despoja de sus ropas. La cogen de piernas y brazos.

—¡¡¡*Kiñelawen*!!! —grita con desesperación—
¡¡¡*Kiñelawen*!!!

Abre los ojos. Siente todo su cuerpo adormecido. Su mano derecha está muy cerca del fusil. Uno de los *wingka*, desgredado, corpulento y con barras de sargento, está sin pantalones, montado a horcajadas sobre el lomo de la mujer, sujeto a las trenzas como si fueran riendas, y le hace sangrar los muslos con las espuelas. Aúlla y ríe como un demonio. Los demás también ríen punzándola con las bayonetas como si fuera un toro al que hay que enfurecer. Ella se sacude con desesperación, intenta golpes con pies y manos, lanza mordiscos en todas direcciones como una fiera rabiosa, y brama de dolor e indignación.

De pronto, *Kiñelawen* observa que Águila Venida del Sol todavía está vivo, que la mira con angustia, y que dirige lentamente desde el suelo el cañón del fusil hacia el hombre que tiene encima. Ella detiene todo movimiento. Queda quieta, como una hembra dócil.

—¡Ya te domé, india de mierda! —dice el hombre y se desliza hacia el trasero—. ¡Déjenla! ¡Déjenla! —ordena a sus hombres.

Estos se retiran.

—¡Ahora me conocerás, perra!

Entonces se siente el disparo.

El sargento recibe el balazo en pleno rostro y salta catapultado hacia atrás. Los demás, tras unos instantes de desconcierto, se arrojan sobre Águila Venida del Sol y lo rematan clavándole con saña las bayonetas.

Kiñelawen se escabulle instintivamente entre las sombras.

Los soldados se incorporan.

—¡Maldición! —grita uno—. ¡La india se ha ido!

—Este perro mató al sargento —dice otro.

—¡Yo mando ahora! —ruge el cabo—. Coloquen antorchas para iluminar este sitio. Hay que esperar al capitán. Ya no tarda.

—Si tú mandas yo busca ese india —le dice el rastreador.

—¡Mejor vigila aquí! ¡Puede haber más de tus paisanos cerca! ¡No quiero más sorpresas! ¡Esa perra puede volver con mocetones!

—Y tú —ordena a otro—. Amontona los cadáveres.

Un oficial a caballo aparece entre los árboles. Amarrado a un lazo arrastra un cuerpo envuelto en una costra de barro y sangre.

—¡Capitán! —exclama el cabo.

—¡Idiotas! —grita hablando al grupo—. ¡Cacé a la india de un sablazo cuando se les arrancaba! ... ¡Tropa de inútiles! ¡Ensártenla ahora y exhíbanla junto al sendero para que sirva de escarmiento! ¡Y también pongan en una pica la cabeza del indio! ¡Que los jotes se los coman poco a poco! ¡Todo lo demás entiérrenlo! ¡También el cuerpo de ese imbécil de sargento!

Águila Venida del Sol de nuevo vuela hacia el *Wenumapu* y de pronto siente a su lado la presencia de su esposa.

Kiñelawen flota sonriente. Los niños también están ahí. El túnel los absorbe como un torbellino de luz y al otro lado esperan su padre, Cóndor del Sol, y todos los ancestros.

II

EL RETORNO DEL *NGENGEN*

EL BOSQUE EN LLAMAS penetra por los orificios de las narices hasta lo más profundo de los pulmones. Inmensos árboles se derrumban con estrépito. El humo y las chispas se arremolinan con el viento, ascienden con furia hacia el cielo y lo tapan con un techo negro y espeso. El aire quema. Crepitan las brasas. Fétidas bocanadas de carne quemada penetran hasta la garganta. El suelo es un cementerio de pájaros y animales: de torcazas, liebres, zorros, conejos. También de pumas, hombres, mujeres, niños. Un cementerio calcinado de familias del pueblo de los “gente de la tierra”, de cuyas ruka sólo quedan armazones carbonizadas.

Un coro de lamentos avanza por medio del arroyo al fondo de una quebrada. Son mujeres y niños sumergidos hasta la cintura. La ropa hecha jirones. Un sudor negro y sucio les baña el cuerpo y el rostro. Se quejan. Gritan. Lloran. Su llanto es un canto cuyo eco, como el fuego, atraviesa el valle y los cerros. También el tiempo.

—...*lefünkalen*

—*¡Willikechi pale! ¡Willimapu! ¡Willimawn!*

Dicen que huyen hacia el sur. Hacia la tierra del sur. Hacia la lluvia del sur. Que apenas alcanzaron a salvar algunos niños del fuego. Que lo perdieron todo: casas, maíz, ovejas, hombres, parientes. Que soldados y colonos *wingka* vienen matando y quemando con toda la ferocidad del Norte.

El joven alemán Nergal Hoffmann despierta sobresaltado en su casa de Linares. Se sienta en la cama y enciende la mecha de la lámpara de velador. Sus ojos rápidamente se acostumbran a la tenue pero suficiente luminosidad. Todavía es noche. Su reloj de bolsillo de blanca esfera y números romanos que está junto a la lámpara marca las tres y media de la madrugada. El calendario indica con grandes números que corresponde al corriente año 1881. Ya le han arrancado la primera hoja y está abierto en el mes de febrero. Recuerda que hoy ya es jueves 24. Todavía le queda un resto de noche por dormir pues recién está amaneciendo a las seis y media. Temprano comienzan a llegar los clientes que necesitan herraduras para sus caballos. También del vecino molino El Almendro suelen pedirle a veces que fabrique urgentemente alguna pieza. Coches y carretas que van a Chillán, Concepción, y hasta más al sur, se detienen para reparar los aros, rayos o ejes de alguna rueda. El trabajo no le falta e incluso le permite ahorrar para sus planes, que no son ajenos a la visión que acaba de tener.

Porque lo del bosque en llamas y las familias mapuches huyendo desesperadas de la guerra de exterminio, no fue una pesadilla, sino realidad. Él sabe que, desde hace algunos años, incluso cuando todavía estaba en Alemania, el espíritu de un chamán mapuche (*machi*) se introduce en su mente, comparte su cuerpo y le muestra en visiones escenas del presente, del futuro o de su vida pasada.

Gracias a este misterioso visitante, Nergal Hoffmann sabe que el mes de febrero indica a los mapuches que se aproxima a su fin el período de *walüng*, correspondiente a la estación que él conoce como verano. Y sabe que *walüng* es un tiempo de abundancia, de cosecha, de fuego, y de aire seco y ardiente. Sabe que para los mapuches el verano es fuente de energía, de vida y de movimiento. Y también que, en sus semanas finales, anuncia la siguiente estación: o sea *rimüngen*, el otoño. Un tiempo de rastros; la última etapa del ciclo anual de las cuatro estaciones. Después, cada 21 ó 22 de junio —cada solsticio de invierno— comienza el *pukem* —“invierno” — tiempo de lluvias.

Sabe Hoffmann que los mapuches más ancianos, y por lo tanto más sabios, observan con todo cuidado el cielo nocturno y se dan cuenta de que los días disminuyen una pata de gallo y las noches la aumentan en la misma proporción, hasta que se llega a la noche más larga y los días comienzan a aumentar una pata de gallo y las noches, a disminuirla. Así, conocen, por la observación del cielo, que cuando el sol detiene su fuga hacia el Norte y retorna hacia el Sur, es el *Wé Tripántu*, el Año Nuevo.

Hoffmann también ha aprendido de su huésped espiritual que la Pata de Avestruz (*N'amun Choike*) o Pisada de Avestruz (*Pünon-Choike*), que él conoce como la Cruz del Sur, es una de las constelaciones más importantes que guían a los mapuches. Y que otras constelaciones que componen el País de las Estrellas son Corral de Animales (*Korral Kulliñ*), Montón de Papas (*W'etrul-poñü*), La Gallina Clueca con sus Pollitos (*Chawn-Achawall*) — equivalentes a Las Pléyades— y *Welnitawe*, o Las Tres Marías. Cerca de la Pata de Avestruz está *Kudüweke*, una mancha oscura próxima a la Cruz del Sur.

El machi ha enseñado a Hoffmann que es absolutamente lógico que los *wingka* vengan con su invasión desde el Norte, porque, así como el viento del Este —el *Puelküruf*—, trae las fuerzas, espíritus o energías del Bien, que se canalizan y materializan como *Williküruf*, o viento del Sur, principio de la máxima pureza; así, también, el *Lafkenküruf* —viento del Oeste—, es el aliento mortal que emana desde el lugar donde el Sol muere. Y el *Pikuküruf* o viento del Norte, es la energía maligna, opuesta al Bien.

En el presente año 1881, el viento del Norte sopló demasiado temprano y trajo entre sus sombras el sonido letal de las trompetas de guerra del llamado Ejército Pacificador. Ese es el aviso que el machi le está dando a Nergal Hoffmann. Mostrándole en visiones lo que está ocurriendo. Llevándolo en espíritu a conocer las consecuencias de la invasión *wingka* para que haga algo. Porque eso es lo que desespera al chamán. La necesidad de ayudar a su pueblo. Y de promover entre los *wingka* el brote de una fuerza de apoyo.

Habitando en el cuerpo de Nergal Hoffmann, su apariencia no es la de un mapuche, sino, la de un *wingka*. Y se siente como vestido con otro ropaje. Así, tiene una horrible y deslavada piel blanca, que se enrojece ante las menores exposiciones al sol, una demasiado rala cabellera rubia y —eso sí le gusta— ojos color esmeralda que en las noches de luna llena relampaguean como las luciérnagas, o como los pumas.

Encarnado en Hoffmann, el chamán ha hecho suya su memoria, pero le ha aportado a él sólo conocimientos dosificados de la suya. Los necesarios para el cumplimiento de su misión. Eso significa que sabe todo de él. Y todo lo que él sabe. Pero Hoffmann sólo posee aquellos conocimientos que el machi le ha querido aportar. Todo se lo ha ido entregando paulatinamente, en forma de sueños, visiones y viajes en espíritu.

El Maestro Cóndor escogió a Hoffmann porque el yo interior del joven era suficientemente evolucionado como para hacer viajes en otros planos y se facilitaba la cohabitación en su cuerpo. Además, porque poseía conocimientos que podían ser un aporte para el pueblo mapuche. Y, también, porque, en su condición de inmigrante alemán, podría infiltrarse fácilmente entre los *wingka* y provocarles ideas, actitudes y conductas que contribuyeran a cambiar la historia de manera favorable.

En gran parte del tiempo él tendría conciencia sólo de sí mismo. Y su yo lo sentiría como el de siempre. Pero en algunos momentos se unirían ambas conciencias, formando un solo conjunto. Entonces Hoffmann se sentiría el machi, y éste se sentiría Hoffmann. Habrá, no obstante, momentos excepcionales en que el chamán tomará posesión absoluta del cuerpo de Hoffmann, quien al despertar no recordará nada de cuanto el machi haya hecho en su pellejo.

Así las cosas, resulta que ahora el machi posee un cuerpo joven y hace dos años, en 1879, llegó a Chile desde Alemania, viajando como ayudante de cocina en un buque mercante que traía pertrechos para la Guerra del Pacífico. Se instaló con una fundición en la ciudad de Linares, vecina al molino El Almendro. Con sus

clientes y vecinos practicó sus primeros balbuceos de español que aprendió rápidamente. Tocando melodías de Mozart en su flauta, relajaba el espíritu, la mente y el cuerpo.

Desde Linares, incursionaba hacia la Araucanía, aquella región chilena que siempre lo atrajo y de la que milagrosamente hablaba y entendía su lengua, el *mapudungun*, o lengua de la tierra. Cargaba sobre una mula un saco repleto de herraduras y clavos fabricados en su fundición, cruzaba el Biobío y se iba a comerciar hacia el recién colonizado país mapuche. Así, su cuerpo se iba habituando físicamente a esa zona.

Pero más que una atracción intelectual, lo que lo hizo venir, fueron esos sueños reiterados e inexplicables con paisajes y personas que ahora ha reconocido como reales. Tiene la intuitiva certeza de ser un machi reencarnado en su cuerpo de joven germano.

Era un joven ya formado, de 21 años, que nunca había tenido experiencias que pudiera calificar de anormales. Hasta que en 1877 —recuerda que era el comienzo del verano, exactamente la noche del 21 al 22 de junio, de jueves para viernes—, tuvo ese primer sueño. Estaba al pie de un blanco volcán con dos cumbres y dos cráteres. Dos columnas de lava, fuego y humo emergían furiosas desde su vientre entre verdes bosques de araucarias. Se bañaba en una hermosa laguna entre esos árboles cargados de piñones. Las aguas lo reflejaban con ojos negros como el azabache, cabellos grises como la ceniza y una hermosa piel del color de la tierra.

A lo largo de dos años, esos sueños continuaron y se fueron haciendo cada vez más frecuentes. Había otro volcán, cónico, que derramaba lava ardiente al pie de un gigantesco lago. Y escalaba hacia su cumbre a orar a sus antepasados y a encontrarse con Maestro Cóndor.

También se soñaba bailando en torno a un fogón y bañando el alma en pozos rodeados de helechos.

Danza en el *rewe*. Está en trance (*keymün*) con los ojos vendados, y brinca en lo alto del *kemukemu* —aquel tronco de maqui, de figura antropomorfa, tallado como una escalinata de siete peldaños y envuelto en ramas de canelo, laurel y otras plantas sagradas y medicinales—. Está desconectado del mundo terrenal, en medio de contorsiones y convulsiones, emitiendo extraños sonidos en el lenguaje secreto de los machi, el *machidungun*. Golpea rítmicamente el *kultrung* hecho de madera con tensa cubierta de cuero. Sus ayudantes emiten fuertes gritos y prolongados sonidos para reforzar su estado de comunicación con el *Wenumapu* y ahuyentar a los *weküfü*, habitantes del *Minchemapu* —“Mundo de Debajo”— y del *Ankawenu* —“Medio Arriba”— plano donde vuelan los pájaros y energías malignas.

En uno de los cuatro planos del Mundo de Arriba, escucha al Maestro Cóndor, el espíritu protector de su familia. Dice que allí, en el *Wenumapu*, habitan las cuatro energías primordiales, las que se llaman *Kushe* (Anciana), *Fücha* (Anciano), *Üllcha* (Mujer Joven) y *Weche* (Hombre Joven). Que las cuatro se unen en un solo *Nidol* Dios (Dios Principal). En una sola fuerza creadora de todo cuanto existe. En una sola Conciencia Cósmica. Y que sus tareas primordiales son la creación del cosmos visible e invisible; la dominación de ese mismo cosmos; la creación de la gente y la dominación de la gente.

En sucesivos trances a los que llegaba en también diferentes sueños, el Maestro Cóndor le decía que esas cuatro energías primordiales eran una Familia Divina que podía tener diversos nombres según sus funciones. Así, podía llamarse *Elmapun* (Creador y Reproductor de la Tierra invisible y visible), *Elchen* (Creador y Reproductor de la gente), *Ngenemapun* (Dominador y Sostenedor de la Tierra invisible y visible) y *Ngenechen* (Dominador y Sostenedor de la gente).

Desde la Familia Divina Principal —le enseñaba Maestro Cóndor— emanaban jerárquicamente varias otras familias de dioses y de espíritus protectores, que ocupaban sucesivamente cada uno de los cuatro planos, de superior a inferior, en que se subdivide el Mundo de Arriba.

Nergal Hoffmann, en cada despertar después de esos sueños, se sentía distinto. Perdía el interés por su país natal y por las cosas que hasta entonces le habían mantenido ocupado. Los recuerdos de lo vivido en los sueños permanecían en su memoria como una creciente nostalgia, y se confundían con los recuerdos de lo que hasta entonces había considerado como el mundo real. Cada vez más, el pasado soñado dominaba por sobre el pasado vivido. Se sorprendía pensando en él no ya como Nergal Hoffmann, sino como ese indio reflejado en la laguna.

Tu edad onírica es indefinible, Nergal Hoffmann, pero te sientes a la vez joven y anciano. Todos los habitantes del país de tus sueños te tratan con mucho respeto y te llaman *Antümañke*, que quiere decir “Cóndor del Sol”.

Eres Cóndor del Sol, Nergal Hoffmann. Y un día de junio de 1877, a poco del comienzo del invierno, dijiste a *Wüñelfe*, “Lucero del Alba”, tu mujer principal:

—Debo irme a buscar auxilio porque se avecinan tiempos terribles para nuestro pueblo.

Ella te miró incrédula y sus ojos se llenaron de lágrimas. Tus otras dos mujeres también lloraron.

—Sí, debo irme porque el tiempo ya se acaba. Mis hijos ya son mayores, tú comprendes que es necesario que así sea. Mi amor por ti no cesará jamás, pero por ahora mi tiempo aquí ha concluido. Siempre estaré vivo. Siempre estaré contigo. No temas porque regresaré pronto y sé que me reconocerás.

Entonces te vestiste con tus mejores y más simbólicas ropas, tomaste el camino al volcán del lago y después de nueve días de marcha subiste de madrugada, todavía noche, a la rugiente cumbre y te sentaste contra un bloque de nieves eternas a esperar que asomara *Chau Antü*, el Padre Sol.

Muy quieto mirabas hacia el Este y con ambas manos apretabas las rodillas contra tu pecho.

Primero apareció el lucero del alba y te invadió una profunda ternura al recordar a tu amada. Luego rayó *Antü*, el Sol. En todo momento orabas a *Chau Ngenechen*, el Padre Creador y Dominador de la gente, le pedías por tus mujeres, por tus hijos, por tu familia, por tu pueblo, y por aquel joven *wingka* en cuyo cuerpo habitarías.

Le dabas gracias al Padre del Cielo por todo lo que habías podido vivir y servir habitando en el cuerpo que ahora ibas a abandonar. Perdonabas una vez más a todos los que habían causado algún tipo de daño u ofensa a tus mujeres, a tus hijos, a tu familia, a tu pueblo, especialmente perdonabas a los *wingka*.

El Maestro Cóndor estaba en todo momento frente a ti en forma de un reluciente cuerpo de luz.

En cuanto el Sol te dio directo en los ojos abandonaste tu cuerpo anciano que quedó congelándose en la cumbre y tu verdadero yo, libre de su cuerpo terrenal, tan reluciente como el de Maestro Cóndor, pudo cruzar el gran océano en fracciones de segundos y localizar al joven europeo que tu protector había señalado. Era éste un estudioso de la sabiduría milenaria, aquella encriptada en castas sacerdotales y sectas de todo el mundo. Ciencia que se ocultaba para evitar la propagación irresponsable de sus tremendos poderes, entre ellos los de videncia, sanación y profecía. Y aquella noche el joven tuvo su primer misterioso sueño: estaba al pie de un nevado volcán con dos cumbres y se bañaba en una bella laguna circundada de araucarias llenas de piñones.

Requerías de su aprobación, Cóndor del Sol, para habitar en él, compartir su cuerpo y hacerlo partícipe de tus dones. En sucesivas noches, te introdujiste en su mente y le mostraste en sueños tu país, tu religión, tus costumbres, y el dolor y el genocidio que esperaban a tu pueblo de no mediar la intervención, ante los *wingka*, de otros *wingka* que manejaran recursos de idioma, cultura y conocimiento, muy difíciles de adquirir por los mapuches con la velocidad requerida para su defensa. Se necesitaba un mapuche convertido en *wingka*. Y ése debía ser él.

No sería la primera vez, Cóndor del Sol, que un extranjero viniese en ayuda de los *mapuche*. Las leyendas de los abuelos todavía hablan del misterioso *Ngengen*. Un personaje que según una antigua tradición vino en auxilio de los indígenas cuando estuvieron muy oprimidos por los españoles. *Ngengen* los estimuló a una acción común a fin de exterminar a sus opresores. Les proporcionó para ello sus consejos y una flauta mágica. Y todavía está fresco en la memoria el recuerdo de ese *wingka* francés que se proclamó Rey de La Araucanía en las tierras de Mañil y de su hijo Quilapán. Siempre el pueblo mapuche recibió como un hermano al *wingka* que quiso integrarse a su vida y costumbres. Y además buscó a las mujeres extranjeras, y las secuestró y enamoró sin prejuicios de raza. Tener una cautiva blanca entre las esposas, era motivo de mayor prestigio social para un *longko*. Por lo tanto, infiltrarse ahora entre los *wingka* te pareció correcto, Nergal Hoffmann, y prestar tu cuerpo a Cóndor del Sol para ello, lo consideraste un deber de hermandad cósmica. En el momento de sellarse la aceptación y la posesión, ustedes dos fueron uno sin perder sus respectivas identidades. La unión terminaría cuando ambos, o cualquiera de los dos quisiese acabarla.

Después de ese sueño del pacto, Cóndor del Sol, ahorraste durante un año y, cuando se iniciaba la guerra entre Chile y la alianza de Perú y Bolivia, te embarcaste hacia América del Sur.

El joven alemán Nergal Hoffmann conversa en Linares con su vecino Luis Alberto Hardy, un norteamericano ya anciano que se vino a instalar a Chile después de conseguir una pequeña fortuna en pepas de oro en los primeros años de la fiebre californiana.

Hoffmann le confiesa que una extraña fuerza lo trajo desde Alemania hace un par de años y que ahora esa misma fuerza lo impulsa a irse al sur. Jamás lo había dicho a nadie. Pero ha congeniado de una manera especial con Hardy.

—Un chamán mapuche se me aparece en sueños, don Alberto —le dice—. Me ha enseñado su lengua y conocimientos que jamás hubiera podido adquirir por mí mismo.

Creo que su misma influencia me ha facilitado hablar fluidamente el idioma castellano.

—Usted conoce mucho para ser tan joven, señor Hoffmann —le replica Hardy, admirado por la erudición que demuestra su vecino—. Habla español demasiado bien. Ese chamán parece ser un muy buen maestro.

Hoffmann sonríe divertido.

—Quizás los alemanes son más inteligentes que los gringos —dice.

Hardy también ríe tras sus gruesos mostachos pelirrojos.

—La inteligencia del gringo está en el dinero, por eso va tras el oro —replica con roncas carcajadas—. Y por si no encuentra oro, tiene molino. Yo nací y viví en el lago Erie, luego trabajé una mina en California, hace treinta años. Ahora vivo aquí. Pero estoy interesado también en lo que tú dices de los indios mapuches. En mi país los indios murieron, los blancos vivieron. Fue algo muy triste. Aquí todavía hay tiempo para salvarlos.

—Gracias, don Alberto —prosigue Hoffmann, concentrado en sus reflexiones—. Este año 1881, que se sintetiza en el número dieciocho, implica la simbología de la luna y del crepúsculo.

Don Luis Alberto, sin dejar de mirar a su joven amigo, rebusca entre sus ropas y saca un pequeño fajo de papel y una bolsa de tabaco.

—La luna —prosigue Hoffmann— con su cara oculta y su luz distorsionadora, y el crepúsculo, mezcla de luz y de sombra, de aullidos de perros y de lobos, asustan. Llaman a las emociones y al temor. Y son también símbolo del escorpión que acecha bajo la superficie.

—Así que estamos en el año del escorpión —murmura don Luis Alberto liando un cigarrillo entre sus dedos—. Yo temo al escorpión cuando escarbo en la cordillera. Y más que a los bandidos. Son peligrosos, ¿no?

Humedece el papel con la lengua y hace una pausa. Mira a Hoffmann como esperando su réplica respecto de los escorpiones. Pero Hoffmann continúa sin detenerse en ese tema.

—¿Y tú dices todo eso porque los chilenos andan fundando fuertes en La Araucanía? —interrumpe don Luis Alberto, quien ya ha encendido el cigarrillo y expulsa gratamente una gran bocanada de humo.

—Así es. Fíjese que en enero las tropas iniciaron la campaña bajando desde Angol al sur. En febrero, fundaron Temuco. Para los mapuches ya es un pésimo mes y un peor año. Un augurio de que puedan ser derrotados militarmente.

—No veo cómo —dice Hardy.

—La analogía es clara, don Alberto. Este 1881, según los antiguos es un año Tierra y, como tal, está anunciando el crepúsculo de una época y la proximidad de su fin. El año siguiente, 1882, será año Agua, símbolo de la disolución y del abismo. Es justamente el año en que se puede concretar el sometimiento definitivo del pueblo mapuche y el término de la guerra de la Araucanía.

—Tú estás profetizando —murmura Hardy con ironía—. Tú chamán.

—No se ría, don Alberto. Lo que digo lo corrobora la experiencia de los mapuches: siempre el mal vino del Norte. Primero la invasión inca, después la española, ahora, la chilena. Siempre los invasores llegan desde el Norte.

—Yo vengo del norte... —dice Hardy—. Pero, tranquilo, joven Hoffmann. Me quedaré aquí. Ya estoy viejo para más aventuras. Beatriz, mi mujer, cada vez que monto en mi mula y me voy a la cordillera en pos de algún filón de oro, me dice: gringo tonto, ¿por qué sales a buscar lo que no se te ha perdido? Ja. Pero creo que tú tienes buen corazón si te vas a ayudar a los indios.

Hoffmann le revela entonces al gringo Hardy que una mañana muy temprano —en 1879—, a poco de llegar a Chile, había cruzado el enorme y ancho río Biobío y caminado por los senderos secretos de los mapuches como si fuera uno de ellos. Que durmió en medio de los bosques; que cruzó por entre los guerreros al alegre son de su flauta como si fuese un hermano; y que finalmente llegó donde una solitaria anciana llamada Lucero del Alba que era igual a la esposa de Cóndor del Sol vista en sus sueños.

Narra que al verlo exclamó sonriendo:

—¡Cóndor del Sol! ... ¡Has vuelto...!

—¿Y usted qué hizo? —inquire Hardy escupiendo un trozo de tabaco y con renovada curiosidad.

—Le juro que no sé, don Alberto —responde—. Tengo un vacío. Perdí la memoria de todo ese tiempo. Desperté una semana después al borde de una loma, en medio de un bosque de canelos. Todavía estaba al sur del Biobío y a una media legua de una pulpería de don José Bunster. Tenía mi flauta entre los dedos.

—¿Y se acuerda cómo volver al sitio donde encontró a la anciana?

—No, don Alberto. No recuerdo nada.

—¿Y su chamán?

—Permaneció varios días en silencio. O se había ido. No sé. Pero ya de regreso en Linares lo sentí de nuevo dentro de mi mente y me agradeció que le hubiese prestado mi cuerpo para volver a estar carnalmente con su mujer.

Don Luis Alberto lo mira con ojos relucientes de burla y malicia:

—¿Y usted no recuerda nada, señor Hoffmann?

III

DON WEDÁÑMA WINGKA

DESDE MEDIADOS DEL SIGLO XIX y hasta bastante avanzado el XX, hubo años en que el cielo de La Frontera, durante semanas, e incluso meses, era una gran llamarada roja por la noche y una espesa techumbre de humo en el día. Eran jornadas tenaces en las que el humo ocultaba el sol y la ceniza se hacía una con el polvo y el barro de las quebradas y caminos. Y esto era así no precisamente por la ira de los dioses que habitan en el vientre de sus numerosos volcanes, sino por el ímpetu empresarial de un solo hombre: don *Wedáñma Wingka*, don *Extranjero Perverso*.

Y hoy, don *Wedáñma Wingka*, morcilloso, sanchopancesco, enfundado en un transpirado traje negro de mercader, ahorcadas sobre un brioso potro blanco que tascaba un reluciente freno de plata, empapándose continuamente el sudor de la frente de puma y los bigotes de morsa con un pañuelo de seda bordado con flores rojas, sonreía satisfecho entre resoplidos cardíacos y eructos de manzanilla, desplazando una mirada interminable por las grandes extensiones de llanos y lomajes calcinados. El bruñido cañón de su carabina Winchester en bandolera, reflejaba con placer los retazos de sol del mediodía que se infiltraban por entre el espesor de la humareda. Negros troncos de caídos gigantes milenarios armaban una red humeante e infranqueable sobre la quemada tierra. Varios, cruelmente erectos, erguían todavía sus esqueléticas y desnudas ramas.

Junto a don Wedáñma Wingka, se alzaba sobre los estribos un esmirriado militar de sucias botas negras, pantalones rojos y casaca azul. Con el cabelloy barba grises y lisos, y el quepis hundido hasta las cejas, mascaba una turbia y amarga hoja de tabaco.

—Ahora deberá conseguirme indios para limpiar este fundo, coronel —rugió don *Wedáñma Wingka* con voz profunda y pectoral—. Quizás deberá ir a cazarlos más al sur, porque aquí, con este roce, parece que murieron muchos.

—Tendrá cientos, señor —y el militar miraba más allá del horizonte y del humo—, sí..., cientos. Los más resistentes, porque la travesía por los pantanos será dura para ellos. Los viejos y los débiles serán comida de jotes.

—Y tráigame unas buenas indias también, pues coronel. Muchachas jóvenes y bien dotadas, usted entiende, ¿no? —y lo miró con sonrisa cómplice—. Buena dentadura, sin infecciones en la piel. No importa que sean potrancas chúcaras. Yo me encargaré de domarlas, ¿ah? Montarlas produce un placer especial... Yo le prestaré alguna en pago por sus servicios —y las mejillas nacaradas de Wedáñma Wingka se hinchaban de risa gozando por anticipado.

—Descuide, señor, descuide —masculló el militar sin dejar de mascar su tabaco y sin despegar la vista del más allá—. Se hará como usted dice.

Demasiado había hecho ya el coronel. Pero todavía quedaba mucho por hacer. En unos pocos años el paisaje había cambiado radicalmente. En miles de hectáreas a la redonda ya no había selvas ni cultivos ni indios. El Ejército Pacificador las limpiaba y *Wedáñma Wingka* las compraba al Fisco a precio de remates y las incorporaba “al servicio de la civilización y del progreso”. ¡Cuánto le gustaba repetir esa frase!, como si quisiese convencerse a sí mismo. Ahora el coronel y su tropa secuestraban y violaban mujeres. *Wedáñma Wingka* engendraba los gérmenes del inquilinaje en los despojos de hembras que el militar le prodigaba. Su prole ya maullaba en los brazos de aquellas madres resignadas a la esclavitud.

Eran varios, aunque no muchos, los *Wedáñma Wingka* de La Frontera. Este se llama don Máximo de la Maza y es gobernador titular de Nueva Imperial desde hace un año: desde el 6 de mayo de 1887. Pero él no se percibe a sí mismo como un *wedáñma wingka*, sino como un *pioneer*. Igual que los *pioneers* del lejano oeste de los Estados Unidos de América: explorador, colonizador, heroico. Le gusta cómo suena esa palabra, así, en inglés: *pioneer*. En el diario *El Sur* ha leído acerca de ellos, sus carromatos y sus victorias sobre los indios de piel roja cazadores de bisontes. Aquel día, cuando recibió el telegrama que le enviaba el intendente, eructó con especial satisfacción. El Decreto N°1103 del Ministerio del Interior, copiado por la Intendencia de Cautín y que le fue enviado en la citada fecha, decía:

“..Nómbrese Gobernador de Imperial, por un periodo constitucional de tres años, a don Máximo de la Maza, propuesto por el Intendente del Cautín...”

Ese nombramiento fue posible porque una ley del 12 de marzo de ese mismo año 1887, firmada por el presidente Balmaceda, había creado las provincias de Malleco y Cautín. Y como primer intendente había nombrado al general Alejandro Gorostiaga. Siete meses después, Gorostiaga renunció y el Presidente nombró al teniente coronel de Ejército Francisco Pérez.

De la Maza se alegró sobremanera con el cambio porque Gorostiaga tenía a su juicio ideas equivocadas que eran un serio obstáculo para sus actividades. Por ejemplo, había escrito el siguiente informe al ministro de Relaciones exteriores y Colonización:

“La cultura inmensa —es decir, la hacienda de gran superficie siempre mala y ruinoso. En ella, aun supuestos grandes fundos en el propietario, se cultiva poco y se cultiva mal.

La constitución de grandes fundos decía el año anterior, ha elevado un obstáculo insuperable a los progresos de la industria agricultora, puesto que en su mayor parte han quedado incultos o han sido mal cultivados.

Los subastadores de grandes propiedades en esta misma frontera no han tenido otro fin que especular sobre el mayor valor que el

acrecentamiento de población da al suelo, y han dejado por muchos años inculca la tierra.

Convendría empezar vendiendo a censo reservativo, a vecinos pobres e industriosos suertes pequeñas, pero acomodadas a la subsistencia de una familia...”

En cambio, a Pérez lo sabe hombre de bien y sin remilgos. En todo caso, poco a nada había podido hacer Gorostiaga para evitar la constitución de grandes superficies de tierra en pocas manos. Don José Bunster se había hecho de veinte mil hectáreas sólo entre Traiguén y Victoria y en un solo paño. Don Federico Varela, un rico salitrero, de diez mil trescientas. Y su compañía Varela & Waddington, de dieciséis mil.

Máximo de la Maza piensa que Bunster es también un *pioneer*, pero lo reconoce mayor que él y mayor que todos. Es el *pioneer* por excelencia. Es proveedor del Ejército, dueño de un banco que lleva su nombre, impresor de sus propios billetes, dueño de un ferrocarril, de aserraderos, de molinos, de sementeras, de haciendas, ganados, indios, barcos, senador de la República, inversionista, exportador de trigo, encarnación misma del mundo moderno, del *pioneer* y del hombre de empresa. No habría progreso sin hombres como Bunster y como él.

En la intimidad de su alma don Máximo quiere ser como Bunster y por eso lo odia. Sí, es cierto, depende de don José, de su banco, de sus préstamos, de sus favores —que él desde la Gobernación se los paga con generosidad—, pero le envidia cada uno de sus gestos y rictus. Durante largos minutos ensaya ante su espejo francés ese tic que es tan propio de don José cuando los suplicantes de auxilio financiero se le prosternan en genuflexión.

—Levántese, Máximo, levántese, usted no necesita reverenciarme de ese modo —decía don José con su voz cavernosa, estirándole la mano izquierda con ademán arzobispal y ejecutando aquel envidiable tic en el orificio derecho de la nariz, que lo impregnaba de un aura aristocrática inalcanzable—. Déjele esas humillaciones a la gentecilla.

Entre nosotros, Máximo, *noblesse oblige*... odio al vulgo profano.

Entonces él se levantaba chorreando baba verde.

—Sí, don José, por supuesto, don José, *noblesse oblige*.

—...*oblige*, Máximo.

—...*obliche*, don José.

Y don José le servía un finísimo licor, tan verde como su baba.

—¿Y ya consiguió esas islas en el Imperial tan fértiles de talaje para su ganado, Máximo?

—En eso ando, don José. El tinterillo ese, del que ya le he hablado, consiguió que la Corte de Apelaciones de Concepción esté a punto de fallar en favor de los indios que representa, es decir de él mismo; ya que les compró sus derechos sobre esas tierras y ahora, si definitivamente gana el juicio, el fundo será suyo. Lo que pretende este carajo es que se apruebe un desalojo judicial de la gente que yo tengo ahí, y botarme el ganado. Para peor ahora se juntó con otros fulanos, organizaron una agrupación del Partido Radical y me han informado que están reuniendo dinero para imprimir un pasquín. Estoy seguro de que se dedicarán a calumniarnos a mí y a Francisco Pérez, el Intendente.

—¿Recuerda que le anticipé que este..., ¡eh!, ¡hombre! ¡ayúdeme!.. siempre se me olvida su apellido...

—...Frías...

—...sí, Frías, es un roto peligroso?

—Me dijo que es un revolucionario, don José.

—Pues claro, Máximo, así es. Los primeros antecedentes los recibí de mi amigo Juan Ignacio Montenegro, porque este Frías trabajó como cajero en su banco, en Chillán. Allí intentó sublevar al resto de los empleados para rebajar las horas de trabajo, exigir

aumentos de salarios y otras sandeces. Venía de Lota, donde fue maestro de una escuela primaria. Pero más que enseñar a los niños ocupaba su tiempo en soliviantar a los mineros del carbón. Lo compadezco, Máximo. Después de salir del banco se hizo escribano conservador y secretario de juzgado por allá en el sur, en Toltén. Amigos míos tuvieron serios problemas para escriturar tierras pues siempre estuvo a favor de los indios y el rotaje, buscando pretextos para causar problemas. Lástima de hombre, pues me han dicho que además es muy inteligente.

—Sí que lo es ese vergajo, don José, y perdone la expresión.

—Está bien, hombre, está bien —y don José prorrumpió en carcajadas hiposas—. Vergajo, ja, ja. ¿De dónde sacó esa palabra, Máximo?

—Del campo, pues don José.

—Ah. Olvidaba que es usted letrado, Máximo.

Sí, vergajo, pues sí que soy un letrado. Y en su mente se hizo nítida la imagen de la biblioteca de su oficina instalada en dos estantes de madera con puertas de vidrio labrado. Además de boletines de leyes, memorias de ministerios y otros documentos propios de su cargo, tenía ejemplares de *Revista del Progreso*, *Revista de Instrucción Primaria*, *Revista Militar de Chile*, *Revista de Artes y Letras*, *Anuario de la Prensa Chilena*, *Guerra del Pacífico* (Tomos I al VI), *Sesto Censo General de la República (1885)* y un *Diccionario de la Lengua Castellana por la Academia Española*. Todo material muy fresco, todavía con olor a tinta y papel crujiente. Por la mañana temprano, antes de que empezara el ajetreo del día, le pedía a su secretario una taza de té, "¡pero bien caliente, m'hijo!", y dedicaba aquellos minutos a la lectura. Por eso sabía que té es una palabra china y que en ese país se pronuncia *tscha*, salvo algunas provincias donde le dicen *té*. También solía leer el diario *El Sur* de Concepción, que el correo le traía con una semana de atraso. Allí se enteraba de las novedades de Europa, principalmente de París y de Norte América.

Mirando el Mapa Mundi soñaba con esos países que jamás su bota hollaría. Leía sobre los inventos. Las declaraciones de Edison sobre el fonógrafo. Eso no lo podía entender: cómo el sonido podría quedar atrapado en un trozo de materia y reproducirse después a voluntad. Se imaginaba inscribiendo sus órdenes en un fonógrafo y después a su lugarteniente Manuel Rioseco reproduciéndolas y cumpliéndolas sin olvidarlas. Con fonógrafos en su casa, en la Gobernación y en los fundos podría estar siempre presente en medio de sus funcionarios y empleados reiterando sus órdenes, sus preguntas de control, sus palabras de aliento, su ira feroz. Con fonógrafos reproduciendo los estampidos de las carabinas de repetición podría espantar a la indiada con mayor facilidad, pues multiplicaría en sus mentes y en sus miedos el número y la fuerza de los atacantes. Los relinchos de los potros, el tintinear de las espuelas, el chapotear de las patas de los caballos en los charcos de barro y de sangre, el chasquear de los látigos desollando la carne viva, el izis, zas! de los machetes lonjeando espaldas, destripando vientres y gargantas, partiendo cráneos, trozando brazos, manos, dedos; los ayes, súplicas, bufidos, estertores, horrores; los alaridos de muerte y los alaridos de guerra; todo, todo se reproduciría y se amplificaría gracias al fonógrafo. *Sí, vergajo, pues sí que soy un letrado.*

En su mente se reprodujo el resto del escenario de la oficina: Una amplísima mesa-ministro, para su uso exclusivo. Dos perchas para sombreros. Una para los propios y otra para los ajenos. Solía usar sombreros cordobeses, de ala ancha y copa baja. Pero tenía también un par de copa alta para las ocasiones especiales. Un aguamanil. Cuatro aparatos para clavar papeles. Un aparato de porcelana para limpiar plumas. Tres escupideras, también de porcelana. Un raspador cache de hueso. Un cuchillo de carey para cortar papel. Un borrador de goma para tinta y lápiz. Una escoba. Un felpudo. Una alfombra de tripe vieja. Dos relojes de campana, uno en mal estado. Dos carpetas para colgar papeles. Tres mapas geográficos desplegados en los muros: un Mapamundi, un Mapa de las Américas y un Mapa de Chile. También, planos de los pueblos de Nueva Imperial, Carahue, Cholchol, Galvarino, Cautín y Quepe. *Sí, vergajo, pues sí que soy un letrado.*

Y además soy un *pioneer*, un civilizador. Sí, como tú. Como tantos que hemos viajado a explorar y colonizar estas tierras salvajes portando las semillas de la cultura. Por supuesto que toda siembra supone un previo barbecho, el paso del arado es doloroso. Pero después los indios y los colonos nos agradecerán que hayamos traído a la ruda frontera los modales, gestos, maneras y lenguajes propios de las personas que viven en las grandes ciudades. Eso es civilizar según el diccionario. Por eso estoy aquí, don José. Es cierto que, como usted, he comprado tierras y gano dinero, y me las arreglo para poseer todavía más, aun torciéndole la nariz a la ley. Pero es que hay leyes equivocadas e injustas. La propia Santa Iglesia nos permite desobedecerlas. ¿Qué hicieron los indios con la tierra antes de que llegáramos nosotros? Nada, pues señor. ¡Nada! El país necesita que estas zonas salvajes produzcan. ¿Cómo las vamos a dejar entonces en su poder? No, pues. Primero ellos deben educarse, abandonar su rudeza natural, aprender la suavidad y elegancia de la gente culta. ¡Y después, aprender a trabajar como Dios manda! Entonces, una vez civilizados deberán ganarse la tierra con el sudor de su frente, como lo ordena la santa Biblia. Para eso están los misioneros: para educarlos. Nosotros, para hacer producir, para generar riquezas y para engendrar hijos legítimos y bastardos que mejoren la raza india. Mi valiente mujer, al igual que las corajudas mujeres de otros *pioneers*, acepta con sabiduría y resignación este último aspecto de nuestra misión civilizadora y ha sido madrina de bautismo de varios de mis hijos nacidos por fuera del matrimonio. Cuando estén en edad, serán mis capataces, después se casarán como Dios manda con las hijas naturales de mis vecinos y serán hombres de bien. Sus hijos se casarán con hijas de otros mestizos y así esta raza de trabajadores y capataces civilizados será cada vez más pura. He hecho construir una capilla y una escuela para que sean convenientemente educados. He invitado a un religioso capuchino para llevar a cabo la tarea. A cambio, he proveído generosamente de productos agrícolas y ganaderos al superior de la congregación, al arzobispo y hasta al propio cura. Estoy seguro de que Dios sabrá valorar mis méritos a la hora del juicio pues estoy contribuyendo a la expansión de su reino. Cuando llegué aquí esto era una selva pantanosa. Con mi mujer sufrimos lluvia, frío, soledad y miedo mientras con nuestras

propias manos construíamos nuestro sueño. Luché como un soldado junto a mis peones para defendernos de la fiereza de los indios. Esta tierra la compré con sangre, trabajo y dolor. ¡Qué no vengan ahora los Frías y sus compinches politicastros a decirnos que no es nuestra!

Sí, vergajo, pues sí que soy un letrado.

Ahora se reprodujo en su mente la pepa de oro de más de cuatrocientos gramos que había encontrado en sus lavaderos del río Imperial y que tenía guardada como una reliquia. ¡Cuatrocientos gramos! Toda una fortuna. Le gustaba ponerla bajo los rayos del sol y ver los destellos de su irregular superficie. Tenía pensado organizar un viaje a Santiago para ir a mostrarla a las autoridades y pasearla por los salones. Luego la dejaría segura en la bóveda de algún banco junto con las otras pepas. El indio que la encontró apareció súbitamente desde el fondo del río, como una burbuja bañada en barro y una sonrisa de oreja a oreja. Era un muchacho que chorreando río le estiró los brazos y las manos y ese trozo de sol en ellas. Todos los demás indios cabriolaron como peces felices y luego permanecieron sobrecogidos, solemnes, esperando su reacción. Realmente era una maravilla. En sus ojos fue inevitable el chisporroteo de la avaricia. Su rugido hizo tremolar la verde selva que cubría las orillas del río.

—¡Rioseco! ¡Tráeme esa piedra y que siga trabajando la gente!

Manuel Rioseco, su administrador de fundos, lugarteniente, capitán de indios y testaferro, contratado como funcionario de pluma de la gobernación para poder tenerlo cerca mientras ejerciera el cargo; quijarudo, corpudo y patituerto, envuelto en su manta de castilla negra, con el Winchester de repetición sostenido en la mano derecha, bajó del caballo y se acercó pomponeándose al indio. De pronto observó que unos metros más allá había otro escondido tras un matorral. Tras coger el trozo de oro dio un brinco y cayó sobre el que se escondía. Era uno llamado Miguel que ahora temblaba como un animal condenado al matadero.

¡Ya te tengo, infeliz!, pensó Rioseco.

Lo miraba con ojos despavoridos.

Una noche, hace dos semanas, Rioseco había sorprendido a Miguel acostado con Rocío, la criada que había seleccionado especialmente para su goce personal. Ni don Máximo la había tocado todavía. Era una hembra adolescente y en su cuerpo había encontrado especial placer. Aquella noche lo suponían en Temuco, pero volvió debido a un imprevisto y los sorprendió. Miguel alcanzó a escapar y se libró por milagro de los disparos que le hizo. Pero a Rocío logró atraparla y, entre golpes de rebenque, la obligó a los actos más humillantes para que pagara su culpa. Después se apiadó de ella y no la mató. La entregó como cocinera a una cuadrilla de hacheros que pasaban meses en los linderos de la hacienda derribando bosques. A Miguel no lo había vuelto a ver hasta ahora. Con él no habría piedad. El escarmiento era necesario. El muchacho parecía a punto de saltar al río y de nuevo huir, pero permanecía allí, quieto, paralizado, sollozando ante Rioseco para que lo perdonase por su atrevimiento.

—¿Qué ocurre, Manuel? —gritó don Máximo.

Rioseco disparó a quemarropa y de un espelazo en el abdomen envió a Miguel de espaldas al agua. Los demás mocetones vieron como su *peñi* se fue hundiendo lento en el río con el pecho abierto por el hierro del *wingka* y su cadáver no volvió a salir, hasta media hora más tarde, algunos cientos de metros más abajo, arrastrado por la corriente.

—¡Trabajen, animales! —gritó acto seguido Rioseco disparando al aire su arma con una sola mano, mientras los tres capataces corrían por la orilla con un revólver listo para hacer fuego en la mano izquierda y el látigo chasqueando en la derecha. Montó en su caballo y volvió grupas hacia donde el patrón observaba.

—¿Qué pasó? —preguntó don Máximo.

—Nada. Era un ladrón que andaba escapado. Ahora intentó atacarme y fugarse de nuevo. Tuve que matarlo. Aquí está su pepa, patrón —y se la entregó.

El *pioneer* de Nueva Imperial la recibió adorándola con los ojos y la besó. Todavía tenía sabor a río. Era única. Estaba seguro de que ni don José Bunster tendría otra igual. Para prevenir, la guardaría en un banco extranjero de Santiago. El Banco de Londres le despertaba confianza. En *El Sur* de Concepción aparecían avisos destacando sus servicios.

—Cuando viaje a Santiago a dejarla en la bóveda del banco, te nombraré Gobernador Interino, Manuel. Te lo mereces. Jamás nadie me había dado una satisfacción como ésta.

—Siempre a sus órdenes, don Máximo —dijo Rioseco mirando al suelo, como si buscara el alma del indio recién asesinado. Luego alzó la vista y lo miró con esos ojos de hielo que hasta al *Wedáñma Wingka* le daban miedo—. Como usted ordene, don Máximo.

IV

FRANCISCO DE PAULA FRÍAS

EL HOMBRE CABALGA desde el Norte orillando el río Cautín. En lengua mapuche, *cautén*, significa "lo que ataja o intercepta un camino". Se ha adelantado con un galope corto para ver el caserío desde una pequeña elevación. Tras él se arrastran tres pesadas carretas tiradas por bueyes. En la primera, bajo un toldo y entre el equipaje, las siluetas de una mujer y seis niños apretujados. En la retaguardia, dos jinetes, los jóvenes aventureros alemanes Enrique Graf y Nergal Hoffmann, éste apodado *Kalku*, palabra que en mapuche significa brujo. Los dos alemanes vivían en Linares, como él, y decidieron compartir su aventura de radicarse definitivamente en La Frontera.

Bajo la negra manta de castilla se alcanza a observar un abrigo largo. El rostro es rectangular, anguloso, con dos notorias protuberancias en la frente, cejas gruesas, rectas. Nariz prominente y bondadosa. Se adivina un hombre activo, fogoso, pero moderado. Su mirada es cálida y franca.

Es el amanecer. Del último campamento salieron a las tres de la madrugada para llegar a la ciudad temprano y tener tiempo de instalarse. El día anterior habían descansado en Traiguén, caserío crecido en torno al fuerte levantado en las márgenes del río del mismo nombre en 1878, durante una feroz avanzada de ocupación militar de la Araucanía, emprendida por el coronel Cornelio Saavedra e interrumpida por la Guerra del Pacífico. El 2 de julio de 1852, el presidente Manuel Montt había promulgado la ley

que creó la provincia de Arauco, con un territorio cuya superficie se extendía jurídicamente entre los ríos Biobío y Toltén pero, en la práctica, seguía en poder de sus habitantes originarios, a los que se sumaban algunos colonos espontáneos, tolerados por los indígenas: misioneros, comerciantes de aguardiente, de otros bienes de la cultura occidental y de ganado. En 1859, como reacción a las tropelías y ocupación espontánea de los colonos que se introducían al sur del Biobío y no respetaban las normas de relaciones interculturales que se habían venido generando, un masivo alzamiento mapuche atacó e incendió ciudades de la zona del río Malleco. Tras lograr la aprobación de un plan de guerra, buscando unir por tierra las ciudades de Concepción y Valdivia, y así asegurar el dominio chileno, en 1862 el coronel Cornelio Saavedra desplazó hasta el río Malleco, 200 kilómetros al sur del Biobío, la línea de frontera y volvió a levantar la ciudad de Angol que se transformó en el centro de la vida fronteriza. Los fuertes de Toltén y Queule aseguraron el paso hasta Valdivia por la brecha de la costa. Así fue como en 1878 se pudo conquistar hasta las márgenes del río Traiguén. Este fuerte y sus casas aledañas son ahora usados por los viajeros para alojar y reponer fuerzas.

Es el primer día del verano del año 1886 —es decir, 21 de diciembre— pues hubo que dejar que la primavera aplacara las lluvias y secara el barro de las rutas para facilitar el desplazamiento de las carretas.

El telón de fondo es un cielo intensamente rojo en rápido proceso de transmutarse en un azul profundo.

A la izquierda de la caravana, al Este, la imponente y blanca mole nevada de un volcán con dos puntas. Más atrás, la silueta de otro, sin punta, mocho, como si el cono hubiera estallado hecho añicos.

El resto del entorno, verde. Robles gigantescos, toda la riqueza de la vegetación nativa y un concierto de pájaros de mil especies.

En sus ojos se refleja el llamado pueblo. Apenas un fuerte de empalizada, algunas casas de material pajizo, otras de madera,

anchas calzadas de tierra húmeda en medio de árboles y matorrales, donde tratan de vivir unas tres mil quinientas personas. El brillo que emite su mirada es el propio de un hombre de carácter noble.

—*Küme che pen néimi* (Tú eres hombre bueno) —fue el comentario que sus anteriores estadías en la zona despertaron entre los mapuches. Recuerda que hace varios años le ofrecieron, y aceptó, el difícil cargo de escribano conservador y secretario del juzgado en el departamento de Toltén, apenas un fuerte y su caserío aledaño. En el último tiempo permaneció durante un año como Notario Conservador y secretario del Juzgado de Primera Instancia de Imperial, oficio al que renunció porque los emolumentos que recibía no eran suficientes para sus necesidades.

Primero en Toltén y después en Imperial, pudo tener un contacto directo con el pueblo mapuche y los abusos que les inferían los colonos chilenos.

Los *wingka* poderosos les usurpaban las tierras, los despojaban de sus mujeres, los esclavizaban y asesinaban; los *wingka* pobres, los trataban despectivamente, como descargando en ellos —sus inferiores—, toda la furia de la explotación que sufrían, y se aprovechaban de cualquier oportunidad para someterlos al escarnio de la burla, el robo y la usurpación.

El año de 1882, uno después de fundado el fuerte que dio origen a este pueblo de Temuco, había sido nombrado por los "caciques" —nombre *wingka* para los cabezas de grupos familiares o *longko*— Coñoñir y Calfupán, apoderado general del predio de unas mil hectáreas de superficie, conocidas como fundo Pancul, que en lengua indígena —o *mapudungun*—, se dice *pangküll*, que significa cachorro de puma.

El apellido Calfupán (*Kalfüpangi*, de *kalfü* [azul] y *pangi* [puma]) significa Puma Azul.

Coñoñir es una deformación castellanizada relacionada con *koño* (paloma torcaz o torcaza) o *koñolwe* (de color morado), y *ñirrü* (zorro), por lo que significa Zorro Morado.

También durante estos años en Toltén e Imperial había podido aprender bastante de la lengua indígena.

El fundo Pancul estaba al suroeste de la capital del departamento de Imperial, sobre la ribera sur e incluía también dos islas en medio del río del mismo nombre. Había sido usurpado por el *wedáñma wingka* Máximo de la Maza cuando todavía no era gobernador, quien lo dejó al cuidado de un grupo de mapuches renegados —*yanacona* les decían sus hermanos— y forajidos *wingka*, todos contratados por José del Rosario Belmar, un mediero del *wedáñma* de la Maza. En esos talajes de Pancul mantenía los piños de ganado de su socio y patrón.

Una de las islas era hermosa, abrazada maternalmente por el río Imperial. Vista desde lo alto de los cerros, parecía un cachorro de puma recostado sobre el lecho del río. Tal vez esa fue la razón original del nombre que ahora abarca a todo el predio.

—Si consigues sacar a los *wingka*, quédate con esa isla que tanto te gusta, *peñi* —le dijeron los caciques Puma Azul y Zorro Morado—. Mucho has hecho por nuestra gente, *küme che*, sin recibir recompensa alguna. Esta tierra llamada Cachorro de Puma es nuestra. Y cuando la recuperes y te quedes con la isla y la cultives, serás un Gran Puma que estará aquí defendiendo a su pueblo. Nosotros seremos tus vecinos, tus hermanos. El resto de la tierra, en la ribera y hacia el cerro, la dejaremos para vivir con nuestras familias. Considérate uno de nosotros, *Füchápangj* (Puma Grande).

—Gracias, muchas gracias, Puma Azul y Zorro Morado —les replicó en agradecimiento—. Me siento honrado por su regalo. Recuperaré esta tierra, pero la isla seguirá siendo vuestra. La isla será mi tierra y también de ustedes. Mis animales serán sus animales. Mis trigales serán sus trigales. Será nuestra tierra, nuestros animales, nuestros trigos.

Y ahora, al respirar este aire fresco y transparente del amanecer, Francisco de Paula Frías se siente otra vez un *Füchápangj*, un Puma Grande, fiero, generoso y justiciero. Piensa que sus palabras no fueron sólo un emocionado impulso retórico,

sino que las pronunció con su corazón de Puma, de *peñi*, de hijo también de la tierra, de gente también de la tierra. No necesita haber nacido entre estos pinares y volcanes, entre estos ríos y valles, entre estos bosques y lluvias, entre estos jardines de canelos, copihues y arrayanes, para sentirse hombre de aquí.

Sí, es cierto, nació en Santiago un día de mayo de 1847, vivió allí hasta 1865. Lo recuerda bien porque cumplía 18 años y hubo de interrumpir sus estudios para trasladarse a Chillán a hacerse cargo de la administración de un fundo. Era un deber de familia que le abrió la puerta de la vocación social, porque allí pudo experimentar la contradicción de tener que hacer producir una hacienda consciente de la explotación que se infería a inquilinos y peones. Fue por eso por lo que finalmente resolvió que era mejor irse a trabajar a Lota como preceptor de una escuela para hijos de los mineros y obreros de la fundición.

Los primeros trabajos carboníferos se iniciaron en Lota en 1837. El carbón era necesario para las fundiciones de cobre, las oficinas salitreras peruanas, varios establecimientos industriales, los ferrocarriles. A mediados de la década de 1850, Lota era un puerto que ya tenía un muelle, una fundición de cobre y una fábrica de ladrillos. Cuando él llegó, ya era un centro económico con indígenas que suministraban productos agrícolas y ganaderos, tanto animales vacunos como lanares, a cambio de aguardiente, piezas de plata, harina, utensilios de cocina, herramientas. Los mestizos se empleaban en las faenas mineras o de la fundición, o en los aserraderos vecinos desde donde se traían cantidades inmensas de madera.

Su trabajo como maestro le mostró otra dimensión de la dura vida de los mineros y obreros y, al mismo tiempo, de cómo los mapuche eran engañados mediante intercambios desfavorables. Eso lo formó y alertó para su futuro trabajo en los juzgados de Toltén e Imperial.

En su calidad de apoderado de los caciques Puma Azul y Zorro Morado, Francisco de Paula Frías interpuso una demanda ante el juzgado de Imperial para que se restaurase el derecho de

propiedad atropellado. La ganaría siete años después —como si fuera un año por cada plano mapuche de la existencia—, a comienzos de 1889.

Pero ahora, el 21 de diciembre de 1886, cuando viaja a instalarse en Temuco, José del Rosario Belmar, sus yanacunas y forajidos —y los animales de Máximo de la Maza—, gozan todavía a su antojo de las tierras y talajes de los caciques.

—Todo tiene su medida —solía decir cuando alguien le alababa las cualidades de su espíritu y en particular la modestia—. Una modestia exagerada puede ser perjudicial. Porque la modestia difiere de la condición del débil bonachón que deja que todo siga su curso. En ciertas circunstancias se hace necesario intervenir enérgicamente y a fondo.

Y justamente eso está haciendo. Ahora quedan atrás aquellos largos meses, que en alguna ocasión hasta fueron años, de estar aquí separado de su mujer y de sus hijos. Ahora se viene con su familia. Se viene con su vida. Se viene con todo.

La política de la capital, de la cual a Linares sólo llegaban ecos, tan lejanos como los que oía en Lebu, lo tiene hastiado. Su propio partido, el Radical, está irremediabilmente dividido. Unos estrechan filas con el recién asumido Presidente Balmaceda. Otros, con sus opositores. La polarización presagia una crisis feroz y de consecuencias insospechadas. Los grandes ideales de la ilustración, del liberalismo humanitario y social; las doctrinas por las que Francisco Bilbao, Santiago Arcos y sus igualitarios se jugaron la libertad y la vida, desaparecen bajo las pasiones y ambiciones de poder. ¿A qué desperdiciar energías en ello? Debe ser consecuente con aquello que realmente considera importante y poner su corazón, sus conocimientos y su profesión al servicio del progreso y de los más débiles.

Su mujer es de Linares, ella fue el mayor incentivo que tuvo para sus ires y venires juveniles. Por eso, justamente, renunció al importante pero burocrático oficio de conservador y secretario del juzgado de Toltén y se trasladó a Lebu, a trabajar como defensor, para estar más cerca de ella. Más tarde el destino lo derivó a

Imperial, a realizar el mismo trabajo de notario conservador y de secretario del juzgado, pero ya como su esposo. Su familia permanecía en Linares mientras él se entregaba por entero a sus labores.

Está consciente de que son ella, sus hijos y los más necesitados la fuerza que lo mueve.

Se ha reafirmado en su decisión de que los colonos honrados y los pobres, así como los indios recientemente derrotados e invadidos militarmente, con sus tierras en proceso de colonización, requieren de un defensor capaz de enfrentarse con sus opresores, de una voz independiente y justiciera. Que necesitan al *Füchápangi* que anida en su corazón. La función de defensor era frecuente en las zonas alejadas de la capital donde prácticamente no había abogados con título. En el pueblo de Temuco sólo hay dos y trabajan para los usurpadores de tierras. El artículo N°406 de la ley de 15 de Octubre de 1876, prescribe que en los juzgados de primera instancia no es necesaria la intervención de abogados y la Corte de Apelaciones de Concepción lo ha declarado así en diversas oportunidades. Con su experiencia ha demostrado ser tanto o mejor que un abogado con título.

Sus planes son claros: terminará el juicio de recuperación de Pancul; impondrá el derecho de sus hermanos mapuche y el suyo propio a tomar posesión de esas tierras y de esos pastos. Su amigo Enrique Graf, que conoce de agricultura, ha aceptado vivir en la isla en cuanto se pueda, para ejercer dominio y administrarla. Al mismo tiempo no cesará en su empeño de denunciar los abusos de poder y corrupción que ejercen Máximo de la Maza y otros colonizadores que imperan en la Frontera usurpando tierras a sangre y fuego. Las víctimas de los usurpadores no son sólo los derrotados mapuche. También los colonos pobres.

En el tema mapuche no es partidario de posiciones extremas, como luchar por una nación araucana independiente, como lo fue hasta este siglo. No quiere seguir atizando las pasiones y discordias de la larga guerra de la Araucanía que al fin ha terminado. Tampoco está con tratos de privilegio, lo que considera

paternalista, porque cree que los mapuches deben gozar de los derechos y deberes de todos los ciudadanos. Está de acuerdo con su plena integración económica y política a la república.

Como parte de la generación racionalista laica, de matriz positivista e ilustrada, que se había enriquecido intelectualmente en las tertulias capitalinas de la Librería Miranda, creada hace un par de años y que ha visitado en sus esporádicos viajes a Santiago, está de acuerdo con la colonización de los territorios de la Araucanía, porque cree que la industria y el progreso son el medio y destino final de la historia. Pero le repugnan los abusos. El reconocimiento al libre ejercicio de los derechos del hombre, el respeto al pueblo y al imperio de la justicia y las leyes, son para él las condiciones *sine qua non* del progreso.

Pero también cree que mientras se va logrando la mejoría social y la generación de mejores e iguales oportunidades para todos, es necesario autoimponerse el compromiso personal con individuos específicos. Por eso, distribuye la mitad de sus pocos ingresos entre personas y familias que le parecen más necesitadas de su auxilio. Al mismo tiempo, ejerce su oficio de defensor como un apostolado. Sus clientes pobres, que son la mayoría, le pagan poco, con trueque por algún producto campesino, y a veces sólo con miradas de avergonzado agradecimiento que lo conmueven hasta la médula.

—No se preocupe —les suele decir—. Págueme lo que pueda, como pueda.

O, simplemente, emite un sonriente: "No me debe nada, vaya tranquilo..."

Su ya larga experiencia en los tribunales y la denuncia pública que hará en el periódico que tiene la determinación de fundar, serán su aporte fiscalizador para el mejoramiento de estas provincias abandonadas a la crueldad y al abuso de unos cuantos terratenientes coludidos con autoridades públicas corruptas.

A todos ellos los moteja como *los mandones*.

Varios órganos de prensa de la capital y de provincias quedaron comprometidos a reproducir sus artículos.

Dado el centralismo político, esa es la forma más práctica para que el Ejecutivo, el Congreso y la Justicia se enteren de lo que ocurre. Decir siempre la verdad con entereza y sin doblez, ese es su propósito.

En sus estadías anteriores, la propia experiencia le fue mostrando cómo la economía de frontera era una reproducción feroz de los peores métodos de dominación y explotación heredados de la colonia, la que hasta incluyó el esclavismo, pero ahora perfeccionados con la inhumanidad propia del capitalismo salvaje.

Al observar a personajes como don José Bunster, o como el terrateniente don Máximo de la Maza y su maligna alianza con el intendente de Cautín don Francisco Pérez y su colusión con los jefes militares que consolidan la conquista, no puede sino evocar con emoción el artículo "Sociabilidad chilena", escrito hace ya 40 años por el joven revolucionario Francisco Bilbao, posteriormente muerto en el exilio, y que porta entre sus libros y archivo:

El rico posee por la fuerza, como el bárbaro de la conquista. El dueño de la tierra —el hacendado— posee por la protección del monarca o por la ocupación primitiva de la conquista.

Es exactamente lo que hoy está ocurriendo. Terminada la conquista militar de la Araucanía, está en pleno desarrollo la conquista civil a cargo de los mandones armados.

Los hacendados ricos tienen sus propias bandas compuestas por indios renegados o yanaconas —los *indios amigos* en la jerga de la colonia, — y bandoleros a sueldo, a quienes, en coyunturas especiales se suman soldados y policías rurales, aportados por las autoridades que les brindan amistad y protección. Muchas de estas bandas civiles de forajidos y asesinos al servicio de los terratenientes fueron institucionalizadas con el nombre de Guardias Nacionales.

Algunos caciques mapuches pensaron que la guerra no era una solución para mejorar sus condiciones de existencia y además intuían que la penetración *wingka* era inevitable. Por lo tanto, se convencieron de que sólo debían negociar, una y otra vez, las mejores condiciones de la paz. Así sus familias sobrevivirían y se beneficiarían más con el intercambio, aprovechando lo mejor de los *wingka* y lo mejor de los mapuches. Creían que también los *wingka* se enriquecerían, no sólo con la tierra, sino con las costumbres indígenas. La paz negociada podría ser de beneficio mutuo.

Esto ya había venido ocurriendo en la Frontera o Araucanía, al sur del Biobío. Primero, en aquellas antiguas épocas históricas que los ancianos reviven por las noches a los hijos y a los nietos: fue la temprana introducción del caballo como arma de guerra. Luego, animales domésticos como vacunos, caballos, cerdos y aves, hasta entonces desconocidos, que pasaron a formar parte de su economía. Lo mismo ocurrió con la introducción del trigo y otros cereales. A lo largo de los últimos siglos, en los territorios mapuche creció el valor de los animales y de las mujeres como objeto de intercambio: fue el ingreso del mercantilismo y de los procesos de acumulación a su mundo.

Hubo caciques más ricos que otros, con más caballos, con más ganado, con más mujeres. Los grupos familiares extensos, nómades, recolectores y horticultores, con economía de subsistencia, terminaron por transformarse en ganaderos y agricultores sedentarios, que inclusive necesitaron iniciar procesos de expansión.

Para un mapuche rico o *üllmen*, como el cacique Venancio Coñoepán, *longko* de la zona de Temuco (palabra que viene de *temu*, un tipo de árbol y *ko*: agua, *agua de temu*), y para su familia, era mejor la paz que la guerra. Tenía buenas relaciones con los comerciantes que circulaban por la Araucanía. Estos podían ingresar, vender y comprar con toda libertad, inclusive vender a plazos que él se encargaba de hacer cumplir.

Al iniciarse 1881 y la campaña de ocupación militar de la Araucanía al sur del Traiguén, muchos de los *üllmen* fueron atropellados por el Ejército que no distinguía entre indios ricos ni pobres. Sus posesiones y sementeras ardieron, sus mujeres e hijas fueron violadas y asesinadas.

Las noticias del avance de las tropas le hicieron concebir al cacique Venancio Coñoepán la idea de que si ayudaba a los *wingka* y no oponía resistencia podría salvar la posición que había alcanzado y los bienes que había logrado acumular, y no tendría que lamentar muertes entre los suyos. Por eso reunió a otros como él, a vecinos y parientes, y dialogó con el ministro del Interior don Manuel Recabarren cuando el 23 de febrero llegó al valle del *Cautén* y a *Temuko*. Otros, enviaron a sus familias hacia el Sur y hacia el Oriente, y se quedaron haciendo juntas y hostigando a los fuertes recién construidos y a las caravanas de carretas que les traían abastecimientos.

A pesar de que Recabarren no cumplió con las peticiones de Coñoepán y sus caciques, éste no perdió las esperanzas de mantener sus tierras y posesiones y fue un activo colaboracionista del ejército de ocupación, lo que le valió ser oficialmente nombrado por el gobierno Cacique General de la Pacificación de La Araucanía. Pero a cambio de sus servicios sólo recibió 500 hectáreas en *Choll-Choll*, durante el proceso de radicación, apenas un poco más que el resto de los vencidos, que recibieron entre 150 y 300 hectáreas.

No sólo los indios son perseguidos y asesinados durante este período en el que una particular clase social va construyendo a sangre y fuego su identidad y su dominio, sino también los colonos pobres; especialmente cuando se niegan a entregar las tierras que necesita el latifundista y a servirles como inquilinos u obreros agrícolas.

Francisco de Paula Frías piensa que no sólo los testimonios periodísticos, sino que las estadísticas darán cuenta en el futuro de esta máquina de matar que fue la economía fronteriza. Y tiene razón. Las estadísticas del futuro dirán que en 1888 —a siete años

de su fundación— la población de Temuco era de 4.840 habitantes y en 1895, de 7.708, con una tasa de crecimiento de un doce por ciento anual. Pero este crecimiento sólo iba a ser posible por un alto número de inmigrantes, de aproximadamente 500 anuales, más de un diez por ciento de la población. Porque en los mismos siete años, o sea, entre 1888 y 1895, sólo habrán nacido en la ciudad 2.102 personas y los muertos sumarán 2.757. O sea, 300 nacimientos versus 400 muertes anuales. Morirá un ocho por ciento de la población, versus un seis por ciento de nuevas vidas. A ese ritmo, el destino habría sido la extinción de no mediar una inmigración creciente.

Frías piensa que los números sólo se referirán a los muertos de la ciudad de Temuco, pero no a los de la provincia, en cuyas amplias zonas rurales y los caseríos no hay quien lleve estadísticas de nada ni de nadie, ni menos de los mapuches, calculados entonces en unos 70.000 en esa zona. Por lo tanto, las cifras de la matanza de indios quedarán para siempre en el misterio.

La población de Cautín, según el censo del año anterior al de su arribo definitivo a Temuco, o sea del año 1885, era de 6.321 personas en los pueblos y de 26.970 en el campo. Pero con toda seguridad que en estos 26.970 no estaban considerados los indígenas sino sólo los *wingka*, salvo que la matanza hubiese sido de unos 40.000 mapuches en una docena de años. La población total de Chile era entonces de 2.527.320 individuos, dividida en 1.062.544 urbanos y 1.464.776 rurales. La población urbana de Santiago era de 227.626 personas. Reflexiona que la cantidad de mapuches muertos por la guerra será un misterio para siempre, y en el futuro habrá sólo estimaciones.

Recuerda un telegrama que cinco años antes, en febrero de 1881 publicó *La Revista del Sur* de Concepción y que respalda sus temores:

Nuestro corresponsal en Angol, nos comunica el siguiente interesante telegrama:
Escuadrón Nacimiento que salió batir indios, llegó Traiguén.

En el camino hubo encuentro, del cual resultaron doce soldados muertos. También murieron indios; hasta hoy no se sabe cuántos, porque éstos se llevan sus muertos.
 Ministro Recabarren irá en expedición que va al interior.
 Los indios se han retirado.

En el mismo número de esa revista había otro artículo muy revelador del pensamiento de los sectores dominantes del país sobre los mapuches. Estaba publicado el 2 de febrero de 1881, faltando 22 días para la fundación de Temuco y justamente a manos del mencionado ministro del Interior Manuel Recabaren y del general Gregorio Urrutia.

Frías pensó que tal artículo era en realidad una arenga en favor de la conquista en marcha:

...De lo contrario, los araucanos continuarán impávidos cometiendo toda clase de depravaciones.
 La conciliación que hasta aquí ha empleado el gobierno con los araucanos, debe desaparecer.
 Los caciques, llamados amigos del gobierno, y a quienes éste paga, son los más grandes bribones.
 Empuñe el gobierno la espada y haga entrar en vereda por fuerza a los que no han querido de buen grado.
 Eso, es lo único que puede hacerse.
 La Araucanía es una bella esperanza para la agricultura nacional y el progreso de la república.
 Suelo feraz, el más adaptable para la agricultura; montañas espesas e interminables de árboles seculares de la más rica madera, innumerables ríos que se cruzan en todas direcciones, la Araucanía es la zona más hermosa de nuestro territorio.
 La Araucanía, explotada con inteligencia por sabios agricultores, será para éstos y para la república, una fuente de riqueza inagotable. Pero para ello, se necesita de la paz, de la tranquilidad.
 Nadie quiere que después de un trabajo laborioso e incesante, sean arrebatados sus frutos por hordas salvajes y desenfrenadas.
 Es lo que debe pensar el gobierno.
 Ábrase una campaña atrevida y decisiva a través de la Araucanía.
 Las circunstancias son las más a propósito.
 Tenemos organizadas tropas megalíticas que ya no se las necesita en el norte.

Francisco de Paula Frías, quien con frecuencia escucha discursos semejantes, está consciente de las dificultades de su empresa justiciera. Pero sus estudios y el contacto directo y continuo con los mapuches le han permitido tener claro lo central de su historia. Y si de depravaciones y salvajismo se trata... el correr del agua entre los quilantales de la orilla, le retrotrae la mente hacia ese espectáculo aterrador.

V

MUJERES EN LA PICA

LA IMAGEN LE VUELVE a surgir en el cerebro, en medio de un dolor agudo en las sienes como una pesadilla reiterada e insoportable. La belleza del paisaje matinal se oscurece. El río es un manantial de sangre. Deambula entre aquellas casas calcinadas y aquellos cadáveres de indias ensartadas en las picas. Son decenas, todas mujeres y de diferentes edades: jóvenes, maduras, ancianas, niñas. Está en medio de un bosque humano torturado hasta la muerte. La pica ortodoxa usada por los soldados de infantería es una lanza larga compuesta de un asta con un hierro agudo y pequeño en el extremo superior. La rústica, es un coligüe grueso u otro paloafilado a machete en uno de sus extremos. Algunas tienen un clavo en la punta. Las usadas en esta masacre son hechizas. Muchas de las mujeres están en grotesca posición, tal como las dejaron sus asesinos. Las picas les habían perforado la vagina o el ano y después los intestinos y todos los interiores. Varias permanecían en cuclillas, el tronco muy recto, los senos hinchados, la cabeza colgando hacia atrás, los ojos desorbitados y la boca extremadamente abierta. Por entre los dientes de algunas sobresalían las puntas ensangrentadas.

Los rictus de dolor y pavor desfiguraban sus rostros hasta lo indescrptible. Había más cadáveres de mujeres arrojados violentamente al suelo. Algunas estaban mutiladas, otras de bruces o de espaldas con las piernas abiertas hasta el descaderamiento y con evidentes signos de haber sido violadas. Inclusive madres con sus niños de pecho todavía fuertemente abrazados. Todas, sin excepción, habían sido despojadas de sus prendas y de sus adornos de plata que los asesinos se llevaron como botín para comerciarlo en los pueblos de la zona central. Algunos cadáveres de hombres yacían aquí y allá fusilados por la espalda. Corría el año 1878 y cabalgaba desde el juzgado de Toltén hacia Traiguén cuando una

gruesa y negra humareda lo distrajo de sus cavilaciones. Dos hijos de un cacique amigo lo acompañaban en el viaje hasta dejarlo en un lugar seguro. Los tres se detuvieron unos instantes y descendieron de sus caballos para acercarse con prudencia hacia el origen del humo. A la vuelta de un recodo, entre el asfixiante olor a vegetación y carne quemada, se encontraron con el espectáculo infernal. El sol se veía como una medialuna roja desde allí, pues una especie de negra bola lo eclipsaba.

—*¡Cherufe! ¡Cherufe!* —gritaban espantados los hijos del cacique aludiendo a ese fenómeno ígneo o bola de fuego en que para los mapuche se transforma ese hombre de proporciones sobrehumanas, muy gordo y carnívoro, que, en la cumbre de algunos volcanes malignos, como el Llaima, y se alimenta de la carne de las niñas. El paisaje desolador que observaban era para ellos un testimonio claro del paso feroz y vengativo del *Cherufe* que seca ríos y hace temblar la tierra cuando su hambre no es satisfecha por las familias entregándole en ofrenda a la más tierna de sus hijas. Ahora el *Cherufe* se había vengado y estaba allí, mirándolos, implacable, desde esa bola negra que tapaba al sol. La desgracia sobrevendría para todos los habitantes del sector central y costero, ya que era ensombrecido por ella.

—*¡Cherufe! ¡Cherufe!* — chivateaban despavoridos sus compañeros mientras el horror le presionaba dolorosamente las sienes.

De pronto, como si fuera una aparición fantasmal, el *longko* del lugar le sale al paso desde unos matorrales con el cuerpo tiznado de hollín y sangre, el cabello desgredado, los ojos rojos, con una lanza en una mano y una honda en la otra. Lo siguen unos cuantos ancianos y niños que lograron escapar de la matanza.

—Mira, *wingka*, lo que han hecho con nosotros tus paisanos; mira lo que han hecho sólo conmigo: violaron y mataron a mis mujeres y también asesinaron a mis hijos. A mis esposas las dejaron ensartadas y se burlaron e hicieron escarnio de ellas mientras las estacaban, aún vivas, con sus picas. ¿Cómo quiere el Gobierno *wingka* que no me subleve, cuando se me trata así? Mira,

wingka, y se lo voy a decir ahora mismo al coronel Saavedra. Le voy a decir: "Mira, coronel: preferimos morir todos con la lanza en la mano y no asesinados en nuestras casas por tus paisanos ... "

Francisco sabe que el cacique tiene razón. Ni siquiera pregunta quienes fueron. Pudieron ser soldados de Cornelio Saavedra. Pero también los llamados Guardias Nacionales, aquellas tropas paramilitares formadas por civiles voluntarios esporádicos, tales como propietarios de hijuelas e indios amigos, que se ponían por un tiempo al servicio de terratenientes y eran adiestradas por el Ejército. Estas bandas, sin más ley que la autorización verbal de Saavedra, salían a recorrer los campos más ricos y apetecidos por los colonos para limpiarlos de mapuches. Así, sin provocación, ingresaban sorpresivamente a los caseríos de un cacique y mataban a quien se les cruzara por delante. Hombres, mujeres, niños y ancianos eran degollados o pasados por la espada. Las mujeres eran violadas y estacadas. Las más hermosas eran robadas para seguir abusando de ellas y después venderlas a los ricachones de la zona. Su ferocidad y depravación era tanta o peor que la de los militares.

Este mismo *longko* aparece después reiteradamente en sus más dolorosos recuerdos y sueños junto a la escena de las mujeres en la pica. El *longko* está vestido de la piel del puma. Bajo sus pies está sometido el dueño del Mundo de Abajo. En sus manos porta la lanza y la honda de guerra. Sobre su cabeza, el sol, eclipsado por una bola negra, semejante a una roja luna menguante.

Pero ahora el *cherufe* está de su lado.

Entonces, lo mira fijamente a los ojos y le dice en su lengua:

—*Eimi iñchiñ amuaiñ* — que significa: "Irás con nosotros."

Y Frías le replica, siempre en el sueño:

—*Iwai filu fenté füy'emkelai shañwe* — que quiere decir: "La serpiente no puede comprimir al chancho hasta matarlo."

Ahora, ocho años después, cuando se asoma a las goteras del fuerte Temuco, tiene muy claro que fue ese tipo de pillaje, masacres y abusos lo que motivó el último alzamiento mapuche, el de 1880-1881, en medio del cual se fundó este pueblo. Y también tiene muy claro que los abusos y despojos supuestamente legales siguen estando a la orden del día. Frías conoce de la política de uso de bandoleros, tierra arrasada, pillaje, violación y masacres, no sólo por su experiencia directa, sino además por los testimonios de las víctimas que concurren a pedirle auxilio, y por las noticias en los diarios, partes de guerra y otros documentos.

Los capítulos que completan el libro:

ÍNDICE		
I.	Águila venida del sol	13
II.	El retorno del ngengen	24
III.	Don Wedáñma Wingka	37
IV.	Francisco de Paula Frías	49
V.	Mujeres en la pica	64
VI.	El comienzo del peligro	68
VII.	El Fuerte	75
VIII.	"Recuerdo frescos estos hechos"	78
IX.	La cautiva Magdalena Garrido	84
X.	Una mirada al infierno	90
XI.	El Napoleón microscópico	95
XII.	Juicio de imprenta	103
XIII.	Cañac francés	116
XIV.	Condena a muerte	125
XV.	Calabozo	134
XVI.	El vendedor de flores	153
XVII.	El reinado del Wekufü	159

XVIII. Canto al héroe porfiado	167
XIX. ¡Tengo que volver!	177
XX. El funeral	215
XXI. ¿Y se hizo justicia?	220
XXII. El tiempo del Arco Iris	241

Los interesados pueden recibir su ejemplar impreso, completo, autografiado, el 21 de septiembre de 2024, aportando hasta el 25 de agosto próximo diez mil pesos por Mercado Pago en enlace: <https://mpago.la/2QMe82Q> o Código QR:



The image is a vertical advertisement for Mercado Pago. At the top, there is the Mercado Pago logo, which consists of a blue circle containing a white handshake icon, followed by the text "mercado pago" in white lowercase letters. Below the logo is a large white oval containing a QR code. Underneath the QR code, the text "ESCANEA Y PAGA" is written in bold, dark blue, uppercase letters, followed by three small dark blue dots. At the bottom of the advertisement, there are two payment options: on the left, logos for VISA, Mastercard, and American Express with the text "Con tarjetas de débito o crédito"; on the right, a blue button with the word "CUENTA" and a white icon of a hand holding a card, with the text "Con dinero en cuenta de Mercado Pago" below it. At the very bottom, centered, is the text "FAUNDES Y FERNANDEZ LIMITADA. - Caja: QR #1".

Vientos de silencio

«—Sí, *peñi*. Es el tiempo de la retirada. No de la derrota; sino de la retirada. Son difíciles los años que se avecinan. El siglo que se aproxima es desalentador. Mi pueblo será reducido a su mínima expresión. Nuestro territorio será repartido entre los usurpadores. Nuestros nietos se avergonzarán de sus ancestros. Deberán pasar más de cien años para que el cielo se ilumine con un arcoiris de esperanza. Pero también los bosques seguirán muriendo; los pájaros continuarán silenciosos; las aguas estancadas del Minchemapu subirán y subirán y sepultarán para siempre la araucaria sagrada de la gente del *pewen*. Corro nunca en nuestra historia el Mundo de Arriba estará sitiado por el de Debajo».